

“Apacienta mis corderos”
Programa de puertas abiertas de la Primaria, septiembre de 2006
Mensaje de la presidenta Cheryl C. Lant

Bienvenidos, y gracias por estar con nosotros hoy. Es un gozo servir con ustedes a medida que nos esforzamos por bendecir la vida de nuestros niños de la Primaria. Estos niños son tan sorprendentes; son fuertes en la mente y en el espíritu, y están tan listos para recibir un conocimiento y un testimonio de las cosas eternas. Ha sido muy emocionante para nosotras ver a los niños alrededor del mundo acercarse a las Escrituras. Gracias por sus esfuerzos para lograrlo y de enseñarles directamente de las palabras del Señor. Ellos han respondido de forma maravillosa, y sé que mientras continuemos utilizando las Escrituras con más confianza, los niños adquirirán testimonios que los aferrarán a Su Padre Celestial y a Jesucristo.

Somos testigos del cumplimiento de las palabras que se encuentran en 2 Timoteo 3:15: “Y que desde la niñez has sabido las Sagradas Escrituras, las cuales te pueden hacer sabio para la salvación por la fe que es en Cristo Jesús”.

Hoy mi mensaje se titula: “Apacienta mis corderos”. El objetivo es que nuestros niños puedan ser “traídos otra vez al conocimiento verdadero, que es el conocimiento de su Redentor y de su gran y verdadero pastor, y serán contados entre sus ovejas” (Helamán 15:13).

De nuestro lema de la Primaria, que se encuentra en 3 Nefi 22:13: “Y todos tus hijos serán instruidos por el Señor; y grande será la paz de tus hijos”, hay una frase especial en la que me gustaría concentrarme: “todos tus hijos”.

Nuestro Padre Celestial nos ha dado la responsabilidad de enseñar a todos Sus hijos. ¿Cómo podemos hacer esto? ¿Cómo podemos mostrar nuestro amor y el amor de nuestro Padre Celestial a todos los niños? Ahora, ¡esto es enorme! Comprendo muy bien que todos los niños no son iguales. Algunos son más fáciles de alcanzar y enseñar. Esto puede parecer una responsabilidad bastante abrumadora. Recuerdo cuánto trabajo llevaba sólo llegar a la Primaria cada semana, cuando era presidenta de Primaria de barrio, ¡ni pensar en concentrarse en cada niño! Recuerdo todas las cosas que tenía que recoger: mis Escrituras, las cosas para los maestros, para mis consejeras, para la secretaria, para el Tiempo para compartir, para mis propios hijos, (a lo mejor uno de ellos tenía que dar un discurso ese día), mi libro de presidenta, algunas veces un manual porque recién se me había informado que uno de los maestros no iba a estar allí. Y todo eso además de la bolsa de pañales y el bolso para mi propio bebé. Recuerdo como cargaba todo eso y mis niños en el automóvil yo sola, porque mi esposo ya estaba en la iglesia haciéndose cargo de sus responsabilidades en el Sacerdocio. Y me parece que las reuniones siempre empezaban a las 8:00.

Eso suena un poco como la historia que todos hemos escuchado de nuestros padres acerca de cómo caminaban millas hasta la escuela cada día, en la espesa nieve, cuesta arriba, ida y vuelta. Pero seriamente, sé que trabajar en la Primaria requiere mucho esfuerzo; y hoy vamos a hablar acerca de dar un poquito más. Vamos a hablar acerca de amar y apacentar los corderos del Señor. Vamos a hablar acerca de cuidar de todos los hijos de Dios. Creo que esto sucede cuando

tendemos una mano y velamos por cada niño en forma individual, uno a uno. Ruego que mientras estemos aquí, el Espíritu hable a sus corazones y no sólo les dé el entendimiento de la voluntad de nuestro Padre Celestial sino también una visión de cómo podemos alcanzarla.

Vayamos a las Escrituras para aprender Su voluntad. En Juan 13:34 leemos: “Un mandamiento nuevo os doy: Que os améis unos a otros; como yo os he amado, que también os améis unos a otros”.

¿Cómo amó a los hijos de Dios el Salvador? Otra vez, veamos en las Escrituras un ejemplo. Leemos en Mateo 19:14–15:

“Pero Jesús dijo: Dejad a los niños venir a mí, y no se lo impidáis; porque de los tales es el reino de los cielos.

“Y [puso] sobre ellos las manos”.

Luego en el Nuevo Testamento, en Juan 21:15–17, el Salvador enseñó a Pedro:

“Jesús dijo a Simón Pedro... ¿me amas...? Le respondió: Sí, Señor; tú sabes que te amo. Él le dijo: Apacienta mis corderos.

“Volvió a decirle la segunda vez: Simón... ¿me amas? Pedro le respondió: Sí, Señor; tú sabes que te amo. Le dijo: Pastorea mis ovejas.

“Le dijo la tercera vez: Simón... ¿me amas?... Y le respondió: Señor, tú lo sabes todo; tú sabes que te amo. Jesús le dijo: Apacienta mis ovejas”.

También enseñó a Sus discípulos en el capítulo 10 de Juan, en los versículos 14 al 16:

“Yo soy el buen pastor; y conozco mis ovejas, y las mías me conocen,

“así como el Padre me conoce, y yo conozco al Padre; y pongo mi vida por las ovejas.

“También tengo otras ovejas que no son de este redil; aquéllas también debo traer, y oirán mi voz; y habrá un rebaño, y un pastor”.

En 3 Nefi leemos el relato del Salvador cuando vino a Sus ovejas aquí a las Américas después de su muerte. Hizo muchas cosas durante aquella visita que nos dan un gran ejemplo de cómo Él demostró Su amor. Enseñó a la gente, oró por ellos, lloró por ellos, y luego, comenzando en 3 Nefi 17:11, leemos:

“Y aconteció que mandó que trajesen a sus niños pequeñitos...

“Y aconteció que cuando los hubieron traído a todos, y Jesús estaba en medio, mandó a los de la multitud que se arrodillasen en el suelo...”

“Y...se arrodilló el mismo también en el suelo; y he aquí, oró al Padre, y las cosas que oró no se pueden escribir...”

“Y aconteció que cuando Jesús hubo concluido de orar al Padre, se levantó;...”

“...y les dijo: Benditos sois a causa de vuestra fe. Y ahora he aquí, es completo mi gozo.

“...y tomó a sus niños pequeños, uno por uno, y los bendijo, y rogó al Padre por ellos...”

“...y vieron abrirse los cielos, y vieron ángeles que descendían del cielo cual si fuera en medio de fuego; y bajaron y cercaron a aquellos pequeñitos, y fueron rodeados de fuego; y los ángeles les ministraron” (3 Nefi 17:11, 13, 15, 18, 20--21, 24).

Hay muchas cosas en este relato de las Escrituras que me llegan al corazón. Una de ellas es el hecho de que Cristo “tomó a sus niños pequeños, uno por uno, y los bendijo, y rogó al Padre por ellos”. Es como se enseña en 1 Nefi 22:25:

“Y recoge a sus hijos...; y cuenta a sus ovejas...; y el apacentará a sus ovejas, y en él hallarán pasto”.

Jesús conocía a cada uno de los niños que bendijo en el relato del Nuevo Testamento. Él conocía a cada uno de los niños nefitas, y conoce a cada niño hoy. Él desea que cada uno de ellos sienta Su amor; desea que cada uno de ellos aprenda Su palabra y gane un testimonio. Desea que cada uno de ellos reciba las bendiciones del cielo que vienen por vivir una vida recta. Ahora, las Escrituras tienen una función importante para que eso se cumpla, como también el Espíritu; pero nosotros también, cuando no esforzamos por servir a los niños y por fortalecer a su familia. El ejemplo del Señor está ante nosotros; Él bendijo a los niños, uno por uno, y también nosotros debemos hacerlo.

Consideremos a los niños en una Primaria típica. Hay niños de todas clases y de todos los tamaños. Tenemos niños de todas las edades que son felices, están contentos de estar allí, y participan en todo lo que hacemos. Tenemos otros que tienen más dificultad para escuchar y para portarse bien. Hay niños que tienen situaciones a su alrededor que están más allá de su control y discapacidades que les dificultan la concentración y el aprendizaje; y tenemos los niños que no están allí y que necesitan que les tendamos una mano con amor y que los recojamos. Todos esos niños pertenecen a Nuestro Padre Celestial; Él los ama; son todos los corderos de los cuales habla el Salvador. ¿Cómo podemos alcanzarlos a todos? Pues bien, yo, por supuesto, no tengo todas las respuestas. Pero sé quién las tiene, como ustedes también lo saben, y les puedo dar algunos principios que pueden ser de utilidad. El primero es el amor; el segundo es la comunicación; el tercero: el unir los recursos; el cuarto: el tender la mano para servir.

Para todos los niños, es importante que los tratemos con amor cada vez que los vemos, en nuestros vecindarios, en la escuela, en las tiendas y por supuesto cada domingo en la Primaria. Saluden a cada uno de ellos, llamándolos por su nombre, mencionen algo personal acerca de ellos que les permita saber que ustedes los conocen y que se preocupan por ellos. Recuerden sus cumpleaños en la Primaria; agrádeczcanles por su participación y por su conducta reverente.

Algunas veces estamos tan ocupados con los problemas en la Primaria que nos olvidamos de reforzar la conducta positiva a nuestro alrededor. Podemos enseñar y animar a nuestros maestros a ayudarlos. Podemos alentar a los líderes de la guardería a que visiten y preparen a los pequeñitos para entrar a la guardería.

Ahora, ¿cómo tratamos con aquellos que son indisciplinados? Por supuesto cada niño es diferente y las razones de su conducta son distintas. Pero aquí hay algunos principios sobre los cuales podemos basar nuestras acciones:

Primero debemos cultivar amor por el niño en nuestro propio corazón. No importa lo difícil que el niño sea, él o ella es un hijo de Dios. Dios ama a todos los niños, y nosotros también debemos hacerlo. Podemos orar para tener ese amor. Podemos cultivar ese amor yendo la milla extra para establecer una relación de confianza. Podemos mirar más allá de la conducta para ver las causas.

Luego, debemos comunicarnos con los padres del niño o niña. En la Primaria, nuestra responsabilidad es apoyar y fortalecer a las familias. Tenemos que trabajar juntos; pero la primera cosa que tenemos que comunicar es que amamos al niño o niña y que queremos que tenga éxito. Eso es algo que ustedes no pueden fingir, tienen que sentirlo realmente. También podemos expresar nuestro agradecimiento a la familia por todas las cosas buenas que el niño o la niña hace.

Otra cosa que podemos hacer es trabajar con el maestro o la maestra para que el trato hacia el niño sea consistente entre los padres, los líderes de la Primaria, y el maestro o la maestra. Recuerden permanecer calmados, ser constantes, basar todo lo que hacen en el principio del amor, e ir a Su Padre Celestial por ayuda. No se den por vencidos. Los modelos de comportamiento pueden haber tomado mucho tiempo para desarrollarse y tomarán un poco de tiempo para cambiar. Pero con paciencia, ustedes pueden marcar una diferencia en la vida de ese niño o niña, ahora y en el futuro.

Vi un gran ejemplo de líderes de la Primaria trabajando en forma eficaz con un niño difícil. Desde el momento en que el niño entró al cuarto de la Primaria, pude ver que sería un desafío. Era lo suficientemente grande para controlar sus acciones, pero estaba en todos partes, en cualquier lado menos en su silla por más de unos segundos. Pero también noté otra cosa: los líderes no se mostraban frustrados con él. Tenían toda clase de asignaciones para mantenerlo ocupado: sostenía una lámina, encendía el CD, ayudaba a buscar una Escritura; y si realmente querían que se concentrara, le asignaban una referencia de las Escrituras o un número de Artículo de Fe y entonces se detenía, se erguía y repetía la Escritura o el Artículo de Fe de memoria. Lo aceptaban como era y se esforzaban por ayudarlo, no sólo para que se comportara apropiadamente sino también para que contribuyera. Lo abrazaban a menudo, amaban a ese niño y deseaban que estuviera en la Primaria donde podría sentir el Espíritu y aprender acerca del amor de Dios. A causa de los sentimientos de los líderes, los otros niños también lo aceptaban y querían ayudarlo.

¿Y los niños discapacitados? Los vemos en cada una de las Primarias. Hay muchas clases de discapacidades y de varios grados de severidad. Estos niños preciosos necesitan las bendiciones de estar en la Primaria y sus familias necesitan nuestro amor y apoyo. Una vez más, observemos

los principios sobre los cuales podemos basar nuestras acciones. Son básicamente los mismos que para un niño indisciplinado.

Primero, debemos desarrollar un amor genuino por el niño o niña. Ese puede ser un don directamente de nuestro Padre Celestial. Luego, debemos comunicarnos con los padres. Ellos saben mejor que nadie cuáles son las necesidades de su hijo o hija, y nos pueden ayudar a saber cómo ser un apoyo. Podemos unir nuestros recursos. Podemos buscar ayuda adicional yendo a LDS.org en: “Serving in the Church”, “Primary”, “Teaching All Children”, y “Teaching Children with Disabilities”. Allí pueden encontrar mucha información buena (en inglés) que les ayudará a entender mejor las diferentes formas de discapacidad y les dará ideas de cómo trabajar con los niños. Consulten con sus consejeras y con sus líderes del sacerdocio; quizás hasta podrían tratar ese asunto en el consejo de barrio.

Hemos visto pasar cosas maravillosas cuando los líderes de la Primaria han seguido esos principios. Por ejemplo, en una Primaria que visité, una madre trajo a su niño al salón de la Primaria. Lo sentó en una silla junto a una persona adulta que obviamente había sido llamada especialmente para sentarse junto a él. La querida hermana a la que se le había asignado no estaba preparada para él, y mientras buscaba en su bolso, el niño se bajó de la silla, se tiró al suelo, se colocó sobre su estómago, se metió debajo de la silla y en la parte trasera de la silla; en cualquier lado donde se podía meter en sólo cuestión de segundos. Cuando encontró lo que buscaba, la hermana lo ayudó a regresar a la silla y colocó sobre su regazo un libro de *Canciones para los niños* abierto en una página con un dibujo. El niño inmediatamente comenzó a mover su mano en círculos sobre el dibujo mientras suavemente tarareaba “Siento el amor de mi Salvador” una y otra vez. Esa llegó a ser la canción de fondo durante todos los ejercicios de apertura de la Primaria, aún durante la oración. No interrumpía; era dulce y tierna e invitaba al Espíritu a estar presente.

Ahora hablemos de los niños que no vienen a la Primaria. ¿Quiénes son? ¿Saben ustedes quiénes son los de su Primaria? ¿Saben sus nombres y sus situaciones? Podemos ayudarlos. Permítanme sugerirles que vayan al secretario del barrio y le pidan una lista de todos los niños de su barrio que están en edad de Primaria. Luego vayan a sus listas de asistencia y vean si están en la lista y si asisten. Esos niños son su responsabilidad tanto como aquellos que asisten. Tienen espíritus que ansían ser parte del grupo, ser incluidos, ser nutridos por el Espíritu, y sentir el amor del Señor. Necesitamos recogerlos. Juntos, las presidencias, los líderes del sacerdocio, los maestros, y, en algunos casos, aún los niños activos, podemos establecer un plan. Podemos establecer relaciones y amistades que les ayudarán a regresar a la Iglesia. Podemos ayudarles a vencer los obstáculos. Podemos hacerles saber que nos preocupamos por ellos y que los extrañamos.

Cuando estuve en Brasil este año, visité una pequeña rama maravillosa durante la reunión de la Primaria. La presidenta de la Primaria, que era muy joven, era también la maestra de la clase de los HLJ. Tenía todos los HLJ juntos, desde los 4 hasta los 7 años. Había 8 de ellos. La lección del día era la lección 23 del libro *Primaria 2*, titulada: “Jesucristo es el buen pastor”. Tenía su manual abierto pero sabía la lección tan bien que pudo darla desde el corazón. Primero, mostró una lámina del Pastor de su paquete de láminas. Les habló a los niños acerca de lo que era un pastor; por qué se vestía de esa forma, cómo se preocupaba por sus ovejas, cómo las guiaba a un lugar seguro y las cuidaba del peligro. Les habló acerca de lo importante que cada cordero era

para el pastor. Luego les contó una dulce historia acerca de dos niños que tenían que cuidar a algunos corderos. Cuando uno se perdía, tenían que salir a buscarlo. Luego colocó un rompecabezas sobre la mesa que había hecho de otra lámina de su paquete de láminas. Mientras los niños lo armaban, se dieron cuenta que faltaba una parte. También se dieron cuenta de que la lámina se trataba de un pastor que buscaba a una oveja perdida, y que la parte que faltaba era el cordero. La maestra les pidió que pretendieran ser pastores y que buscaran a la oveja perdida en el salón. Ella la había escondido muy bien, y tuvieron que buscarla muy bien antes de encontrarla. Cuando lo hicieron, les señaló que la lámina había estado incompleta hasta que ellos tuvieron todas las partes, pero ahora que habían encontrado a la oveja perdida, la lámina estaba completa y era hermosa.

Luego hizo que los niños abrieran las Escrituras y que fueran al Nuevo Testamento. Buscaron el libro de Lucas en la página 744; luego encontraron el capítulo 15 en la página 764 y recorrieron con sus dedos hasta el versículo 4. Todos los niños estaban ocupados en eso y se ayudaban el uno al otro. Cuando todos localizaron la Escritura, uno de los niños leyó Lucas 15:4:

“¿Qué hombre de vosotros, teniendo cien ovejas, si pierde una de ellas, no deja las noventa y nueve en el desierto, y va tras la que se perdió, hasta encontrarla?”

La clase luego fue a Juan 10:14:

“Yo soy el buen pastor; y conozco mis ovejas, y las mías me conocen”.

Luego les enseñó a los niños que Jesús es el Pastor y que cada uno de nosotros es uno de Sus corderos.

Finalmente, esa dulce maestra colocó pequeñas figuras recortadas de corderos sobre la mesa. Cada cordero tenía el nombre de uno de los niños de la clase. La maestra iba leyendo cada nombre, y si el niño estaba presente, colocaba el cordero del lado derecho de la mesa; si el niño no estaba presente, colocaba el cordero del lado izquierdo. Luego les dio a los niños sus corderos y les dijo qué triste Jesús se sentía cuando otros niños no estaban en la Primaria. Recogió los corderos restantes uno por vez y leyó su nombre; preguntó quién conocía a ese niño. Cuando un niño respondía, la maestra le pedía a él o a ella que le llevara el cordero al niño o niña y lo invitara a ir a la Primaria la próxima semana. Los niños estaban muy entusiasmados, y todos querían ayudar. La maestra luego compartió su testimonio de que Jesús ama a cada niño de Nuestro Padre Celestial. Podemos ayudar a Jesús trayendo a nuestros amigos a la Primaria.

Una vez tuve una experiencia personal buscando a un niño menos activo. Yo era la líder de los días de actividades en mi barrio. Había dos niñas, hermanas, que nunca habían venido a la Primaria pero que estaban en mi lista. Así que, llamé a su mamá y le pregunté si podía ir a su casa para conocerlas. Mientras conversaba con ellas, llegué a conocer a la familia y su situación. El padre era miembro pero menos activo. La mamá y las niñas no estaban bautizadas; pero querían participar con sus amigas de la escuela durante los días de actividades. Entonces les di una lista con las actividades para las semanas próximas y las llamé para recordárselas. Bueno, vinieron todo el verano, y cuando llegó el momento para la fiesta de madres e hijas, la mamá vino con las niñas. Con el tiempo, al informale a la presidenta del éxito que tenía, invitaron a la

mamá a compartir una de sus habilidades especiales en una reunión de superación personal, de la familia y del hogar. Al padre se lo invitó a ayudar en algunos proyectos de servicio con los élderes. Pasó más tiempo y asistieron a la Iglesia, recibieron las charlas misionales, y se bautizaron en la Iglesia. Fue un gran gozo para ellos tener las bendiciones del Evangelio en su vida y fue un gozo para mí haber participado en una pequeña forma para traerlos de regreso.

En todas estas situaciones, los mismos principios: el amor, la comunicación con el Señor, los líderes del sacerdocio, las familias, cada una de nosotras, el unir nuestros recursos, y el tender una mano para servir, nos ayudarán a apacentar a Sus corderos.

El presidente Hinckley dijo: “Desde este día en adelante, seamos un poco mejores, amémonos los unos a los otros un poco más, tratémonos el uno al otro con mayor amabilidad, miremos a Dios y vivamos” (*Stand a Little Taller: Counsel and Inspiration for Each Day of the Year* [2001], pág. 65, traducción libre).

Hermanas: “no [nos cansemos] de hacer lo bueno” (D. y C. 64:33). Con un testimonio de Jesucristo y un amor por los niños en nuestro corazón, podemos apacentar a Sus corderos. Podemos llevarlos a salvo a Su redil. En Doctrina y Convenios 112:14 Él dice: “Levantaos y ceñid vuestros lomos, tomad vuestra cruz, venid en pos de mí y apacentad mis ovejas”.

Sé que Dios vive. Jesucristo es Su Hijo y nuestro Salvador personal. Estamos a Su servicio al amar a los niños y enseñarles los principios salvadores del Evangelio. Podemos llevarlos a Él al inspirar en ellos testimonios de la verdad viviente. Las Escrituras contienen esa verdad. Al extender la mano para tocar individualmente la vida de cada niño, dar testimonio de las palabras del Salvador, hallaremos el gran gozo del Buen Pastor.

En el nombre de Jesucristo. Amén.